

La muerte

I

Si alguna vez las aguas se retiran,
comprenderé el vacío,
conoceré la muerte sin disfraces.

Como una hierba seca
atrapada en el humo de los cirios,
me reveló muy pronto su disfraz.
No sé, debió de ser el año
sesenta y seis, tal vez sesenta y siete,
en una tarde de silencio frío.
Era entonces Granada
la ciudad que se duerme en un vaso de agua,
los álamos que caben en la mano de un niño,
el corredor que lleva al sacerdote muerto.

Y cruzamos en fila por la sombra.
Conciencias vigiladas,
alumnos conducidos
a pasar por delante de un cadáver,
recuerdo que la muerte
fue una imagen avara de la vida,
labios de cera y piedra
gastados por el rezo.

Las coronas de flores
suspendían la prisa y el temor
en el mensaje de los sentimientos.
Las palabras inútiles son pétalos morados.
Tus alumnos jamás te olvidarán.

Y en mi caso fue cierto,
nunca olvidé aquel día,
atrapado en el humo de los cirios
como una hierba seca,
la madera solemne de su féretro,
el blanco miserable de la piel,
ese disfraz mundano de la muerte.

II

Pero la muerte a secas, sin disfraces,
no llegué a comprenderla.
Era incapaz de presentir un tiempo
en el que yo no fuese
rumor, canción, tragedia o alegría,
que el silencio no fuese mi silencio,
ni la mañana luz para mis ojos,
ni la ciudad de octubre
esa piel fatigada de pájaros y humos
que se apoya en mi cuerpo
y en las ventanas de los dormitorios.
La muerte es un vacío sin pasado,
nunca tuve memoria de la nada.

Estoy a punto de decir
que al entrar tu recuerdo
en el sol invisible de mi suerte,
como entran las ciudades en la noche
del viajero perdido,
me obligaste a entender la condena del tiempo,
la desaparición,
este miedo nocturno
que tienen las botellas
a quedarse vacías.

La muerte y el amor
son tareas del cuerpo,
caminos diferentes
que llevan a lugares parecidos,

faros que nos persiguen en busca de una fecha
y que al llegar nos quitan
autoridad en nuestra vida.

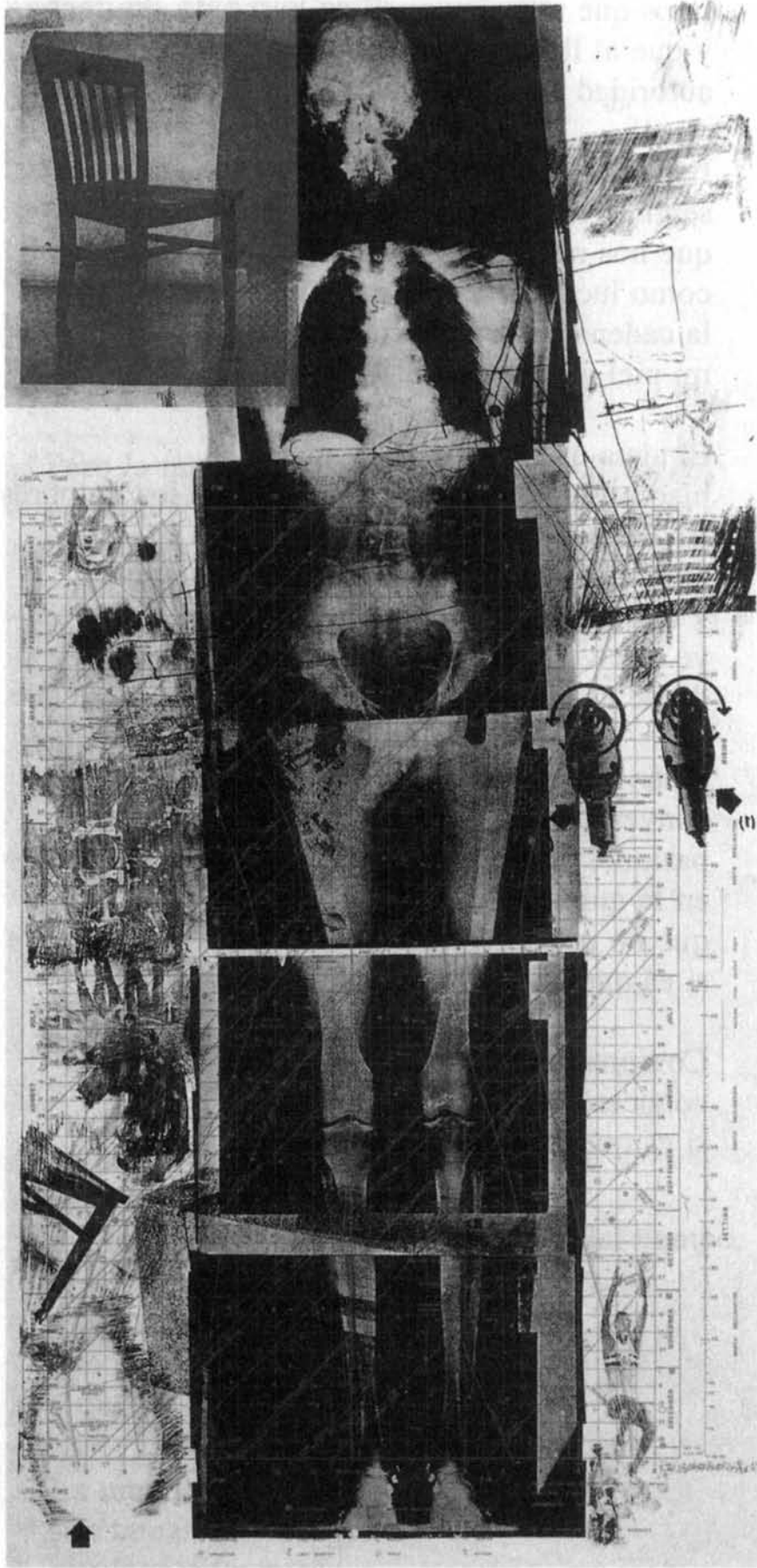
Es la razón, la única,
sentirse en la obediencia de un deseo
que nos mueve las horas
como luces terrestres en el mar,
la cadena de oro que sujeta
mi piel al pensamiento.

El agua que subió con la marea
hizo un lago en el Sur. Y abandoné los nombres,
las trece letras de mis apellidos,
números de teléfono borrados en la arena,
y un reloj,
yo que viví metido en un reloj,
desde el primer momento en que bajé a la calle.

Están allí, recuerdos
convertidos en valle submarino,
pasiones amparadas
en la quietud de la felicidad,
que no podrán vivir en el desierto
si es que un día las aguas se retiran.

Comprenderé el vacío,
conoceré la muerte sin disfraces,
si es que un día las aguas se retiran.

Luis García Montero



Robert Rauschenberg: *Booster* (1967)